

Paula OLMOS, Federica PEZZOLI (eds.), *Imaginario científico. Conocimiento, narraciones y utopías*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2015, 289 pp.

Este libro contiene quince estudios que abordan cuestiones del conocimiento y de las ciencias, de lo imaginario y de lo utópico, de lo histórico, de lo real y de lo artístico, de lo radical y libertario, estudios enfocados desde perspectivas diversas que dan al volumen un sentido interdisciplinar y, por ello, mutuamente complementario en el ámbito de las ideas y de la investigación, de tal manera que se alcanza una cierta relación entre algunos de ellos al comparar sus contenidos.

La edición del libro ha contado con las colaboraciones del Instituto de Estudios Clásicos “Lucio Anneo Séneca”, de la Universidad Carlos III de Madrid, y del Programa de Investigación de la UNED “Narratividad y argumentación” (2012V/PUned/0010), dirigido por Paula Olmos.

Las editoras, Paula Olmos y Federica Pezzoli, presentan los quince estudios como ensayos sobre distintas parcelas de la investigación que tienen en común la explicación de cómo se pretendía alcanzar un conocimiento lo más auténtico posible, aunque finalmente el esfuerzo quedara en una aproximación al objetivo, en un intento vano o en una meta no alcanzada, según de qué autores se trate. De ahí que substitulen conocimiento, porque en las materias estudiadas hubo avances en el conocimiento, por ejemplo, en geometría y matemáticas, como se recoge en los estudios de Jorge Cano Cuenca, de Claudia Addabbo y de Fabio Acerbi, mas también hubo narraciones literarias y utópicas, historias e interpretaciones subjetivas.

Un ensayo objetivo, en lo que se puede entender como etapa pre-científica, es el presentado por Juan Antonio López Férrez, relativo al «semén» femenino, en su comentario al texto de Galeno, médico nacido en Pérgamo, quien describió los órganos sexuales de hombre y mujer hasta donde era posible en el siglo II d.C., y explicó, en las circunstancias de la época, parte de su funcionamiento. El profesor López Férrez hace en primer lugar un amplio recorrido por los testimonios llegados hasta nuestros días sobre quienes escribieron sobre el semén y las opiniones que transmitieron: presocráticos, Empédocles, Anaxágoras, Demócrito, los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides, algunos

tratados del *Corpus Hippocraticum* (*Sobre los aires, aguas y lugares, Sobre la generación, Sobre la enfermedad sagrada...*), Platón, Diocles de Caristo, Diógenes de Apolonia, Aristóteles (*Sobre las partes de los animales, Historia de los animales, Sobre la generación de los animales*), Herófilo, entre otros. La cuestión del semen femenino ocupa una amplia parte del ensayo (pp. 48-75), siendo la doctrina de Galeno la más extensa, porque recordemos que el médico de Pérgamo la expuso desde distintas perspectivas en los tratados titulados *De semine, De uteri dissectione, De foetuum formatione, De anatomicis administrationibus, De usu partium, De locis affectis, In Hippocratis aphorismos commentarii*. Termina López Férrez su exposición con las alusiones al semen femenino recogidas por médicos posteriores como Oribasio, Nemesio de Émesa, Aecio de Amida, Pablo de Egina. En el ámbito árabe cabe citar a Avicena, Averroes y Maimónides; en la Baja Edad Media cabe citar a Alberto Magno, entre otros. A principios del siglo XIX con las bases de la nueva Embriología la doctrina de Galeno dejó de tener vigencia, pero había sido hasta entonces la doctrina clásica que permitió a los médicos posteriores mejorar la explicación, reconocer las deficiencias de la doctrina y favorecer la aparición de una explicación científica cuyo parto duró varios siglos.

La prudencia del hombre sensato como puede ser el caso de Galeno, contrasta, sin embargo, con la utopía del deseo imposible, la inmortalidad del hombre —como comenta Elisabetta Pitotto en referencia a la *Pítica* tercera de Píndaro—; es un claro ejemplo de realidad y utopía, de narración de la realidad y de introducción del mito, cuando el poeta Píndaro trataba de consolar con el mito de Asclepios al moribundo Hierón, tirano de Siracusa, a quien narraba en su oda el mito de este dios de la medicina por su poder de resucitar a los muertos; todavía en el lecho de muerte, Asclepios podría salvarlo, decía Píndaro, consciente en su canto, a pesar de la gravedad de Hierón y de la conciencia de irrealidad de aquel mito; su papel, el de Píndaro, era consolar al tirano, aun sabiendo el desenlace fatal que Hierón tendría. Había en Píndaro conciencia de realidad y conciencia de utopía.

Anca Méirosu se ha ocupado de presentar la poética interpretación de Lucrecio, seguidor del epicureísmo, que desarrolla también la presencia



del doble plano de realidad natural e interpretación filosófico-poética, y donde las incongruencias y sus variantes muestran al hombre antiguo perdido por la falta de rigor en sus indagaciones y por la falta de experimentación. Lucrecio quería explicar su “conocimiento” con la calidad poética de su canto, pero carecía de rigor y de objetividad.

Jorge Cano Cuenca se ha ocupado de extraer en su ensayo todo el jugo aritmético y geométrico que cabe encontrar y comentar en los diálogos platónicos *Teeteto* y *República*. Su denso análisis llega a unas conclusiones claras, entre las que extraemos algunas líneas extraídas de Platón que muestran el interés de este estudio: «las ciencias que tienen por objeto el número (λογιστική y ἀριθμητική) resultan así las más aptas para el conocimiento de la verdad y, por ello, son indispensables tanto para el guerrero como para el filósofo»; o más adelante: «La ciencia de los números, en suma, es el modo de elevar el alma hacia lo divino. La geometría aparece como segunda entre las ciencias necesarias para la táctica y para acceder a las ideas del Bien, ya que obliga al alma a volverse hacia lo inmutable y eterno». Ambas, geometría y aritmética, aparecen como las más fiables para la ciencia: «la geometría y el cálculo orientan la visión del alma hacia lo divino. El conocimiento de lo que es siempre (τοῦ ἀεὶ ὄντος: 527b5), no de lo que nace y perece (γίγνομένου y ἀπολλυμένου: 527b8), marca una diferencia entre quien se ha acercado a la geometría y quien no (527c6-8)».

Fabio Acerbi se ha ocupado de comentar especialmente la geometría como una utopía concreta por su naturaleza, dadas las múltiples posibilidades que ofrece en ese espacio imaginario donde desarrolla sus teorías y las transforma en una construcción mental. Centra su atención en el geómetra griego Apolonio de Perge (o Pérgamo), quien trataba de refundar la geometría a partir del concepto de τόπος (lugar) —siempre entendido como un espacio natural—, que serviría para que pudiera desarrollarse posteriormente la geometría moderna.

Claudia Addabbo desarrolla, dentro de la temática de la geometría, las doctrinas del siglo XIX de Gauss y Riemann y la idea de un mundo pluridimensional. La utopía geométrica de *Flatland* de 1884 de Edwin A. Abbot servirá para incluir

indirectamente una crítica a la sociedad inglesa de su tiempo, dominada aún por el clero y la división social, para lo cual acude a una narración geométrica, en la que “el Cuadrado”, su protagonista, descubre la existencia de un mundo tridimensional, para tiempo después descubrir que ese mundo no es sólo de tres, sino de n -dimensiones, por tanto, más complejo. Sería un ejemplo de conclusión evidente de la utopía del conocimiento exacto.

Paula Olmos se ocupa de analizar las prosopopeyas en las obras de tres autores que corresponden a tres épocas diferentes de la Historia: Marciano Capella, del siglo V, Alain de Lisle, del siglo XII y Alonso de la Torres, del XV. Los tres se enmarcan dentro de lo que conocemos por “enciclopedismo alegórico” dentro de la Historia de las ciencias; tienen en común que hablan de varias artes y disciplinas con un objetivo educativo y una narración literaria de tipo novelesco; igualmente se pretende en los tres autores destacar el esfuerzo por armonizar los distintos saberes, para lo cual se revela muy práctico el tipo de narración adoptado. Tales narraciones son antecedentes de posteriores utopías, pues hablan de desplazamientos y espacios idealizados, donde los saberes se revelan en su verdadera dimensión, para concluir con un análisis comparativo de las prosopopeyas o personificaciones de las siete artes liberales.

David Hernández de la Fuente escribe sobre el Pitagorismo y analiza su dos vertientes: biográfica y comunitaria, es decir, la que se ocupa de las diferentes obras que se conocen como “vidas” de Pitágoras, en las que se idealiza al filósofo, al que se atribuyen experiencias y lugares en los que impartió sus enseñanzas, y, por otro, el florecimiento de varias comunidades de discípulos que se habrían establecido en la Magna Grecia, donde habrían vivido en cierto aislamiento purificador con un régimen de vida inspirado en una disciplina común y en un corpus doctrinal.

Fabio D’Angelo comenta la experiencia desarrollada en el antiguo Reino de Nápoles, donde se habría creado la Real Colonia de San Leucio, próxima a Caserta; dicha colonia contaba con su propio código de leyes desde 1789, pues era la experiencia que Fernando IV de Borbón quería implantar posteriormente en su futura Ferdinandópolis, una utopía para el progreso social y económico, inspirada en las ideas de la Ilustración. El proyec-



to no sólo se aplicó en la práctica con la actividad de la sedería, sino que aspiró a abrirse al resto de Europa y adherirse a los avances científicos y técnicos.

Cristina Basili analiza y comenta la obra de Simone Weil con el fin de destacar su propuesta de giro en el planteamiento intelectual de la modernidad a partir de una vuelta a y una nueva reflexión sobre los clásicos griegos, de manera que en el nuevo pensamiento se evitaran abstracciones y deshumanizaciones; con ello pretendía que la sociedad volviera a enraizarse y armonizarse frente a la descomposición social de la época.

Nichola A. E. Kalospyros aborda la cuestión de la utopía mediterránea partiendo del análisis de la obra historiográfica de Polibio, quien proyecta en su obra la idea de la conquista romana. Polibio adaptó el lenguaje cultural griego de la época helenística al ámbito cultural romano y trató de explicar, buscando ante todo la verdad, que los hechos relatados dependían siempre de las circunstancias en las que tenían lugar. En la bibliografía citada, siempre ampliable en este tema, además de los estudios de Candau habría sido oportuno aludir a los publicados en su día por Alberto Díaz Tejera, su maestro.

Mauricio Jalón escribe sobre las obras *Suplemento al viaje de Bouganville* de Diderot y *Fragmento sobre la Atlántida* de Condorcet, obras utópicas que se enmarcan dentro del Neoclasicismo, en pleno siglo de la Ilustración, cuando se abre una nueva etapa en la historia de las ciencias.

Sara Osborne ha presentado un estudio sobre la utopía en la literatura anglosajona, en el que considera que son cinco los rasgos que debe poseer cualquier texto para que pueda ser considerado utópico: idea de un paraíso primitivo perdido por alguna causa, referencia a un período clásico consi-

derado áureo, ley de permanente progreso y evolución, sistema cíclico de acontecimientos y sucesión de épocas de estabilidad y de desarrollo. Si no están los cinco rasgos, el lector no podría entender la narración como utópica.

Leonardo Pierro aborda la triple cuestión del conocimiento científico, de la utopía y del arte en el siglo XX; las dos primeras fueron abordadas por los artistas para “pensar” un arte nuevo, de manera que se rompiera con el arte anterior y con sus valores, a la vez que se utilizasen nuevos materiales. La nueva tecnología ha creado una sociedad de masas, contra la que se ha reaccionado generando un arte social, más cercano a los seres humanos, propuesta que parece también una utopía.

Elisa Franzol y Massimo Mazzone, pertenecientes a la Escuela Moderna / Ateneo Libertario, defienden la propuesta de “ciudadanía activa”, en la que intervienen tres factores: arte, conocimiento y acción social. Entienden que actuar en las calles, barrios periféricos y en situaciones de exclusión social significa la posibilidad real y concreta de cumplir la utopía deseada, entendiendo por ésta, una realidad distinta de la dominante. Su actualización consistiría en que el arte esté fuera de museos y galerías, para que en su lugar ocupe las calles, entendiendo que así la sociedad será mejor, más libre y más justa. Dicho lo cual, hay que concluir en este caso que tal propuesta no deja de ser una utopía en el más auténtico sentido del término: u-topía. Lógicamente en este terreno entran en juego las múltiples perspectivas de la estética.

Luis Miguel PINO CAMPOS
Universidad de La Laguna